

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

7, 14, 19 y 21 de marzo de 2021

MD 2021 / 4

VOLVER A EMPEZAR OTRA VEZ

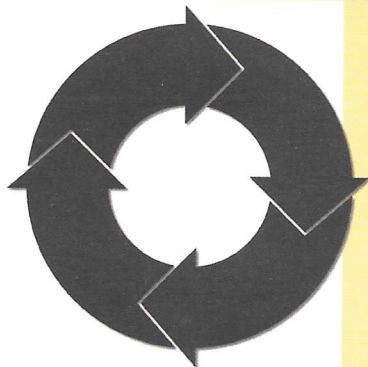
En nuestro caminar eclesial experimentamos que hemos hecho y seguimos haciendo enormes esfuerzos de varias formas y con diferentes caminos. Todo eso, superando crisis sanitarias, económicas y sociales. Y es aquí donde a veces podemos constatar que nuestros proyectos pastorales y nuestro trabajo, al cual dedicamos muchos de nuestros esfuerzos, chocan con la realidad y se hacen pequeños ante la expectativa evangelizadora del momento presente y la difícil realidad de nuestra sociedad.

A pesar de todo, este Tiempo de Cuaresma, nos invita a no desanimarnos ni perder la esperanza. Nos invita a volver a empezar después de cada tormenta, una vez y otra. Porque del mismo modo que Jonás siente la llamada persistente a ponerse en camino e ir a la aventura de una Nínive, donde parece que Dios está ausente, Cuaresma nos vuelve a pedir ponernos en camino.

Por tanto, ahora es un tiempo privilegiado para fijar nuestra mirada más allá de la superficialidad y el conformismo. Para ir más allá de lo que me es conocido. Con la confianza que nos da el encuentro con Dios que siempre es novedad, que nos llama a la conversión de nuestros estilos y nuestras lógicas. Y que nos anima al encuentro con los hermanos, donde encontraremos el sentido de nuestra acción y el lugar de nuestra oración.

DAVID ÁLVAREZ

Domingo 3 de Cuaresma / B
Domingo 4 de Cuaresma / B
San José
Domingo 5 de Cuaresma / B



EL AÑO DE SAN JOSÉ

El pasado 8 de diciembre el papa Francisco firmó la carta apostólica *Pateris corde*, donde recuerda el 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, título que le otorgó el beato papa Pío IX en 1870. Por este motivo, el papa Francisco establece también un año especialmente dedicado a san José, desde el 8 de diciembre de 2020 hasta el 8 de diciembre de 2021. El título de la carta se corresponde a su inicio: «Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro evangelios *el hijo de José*».

En el trasfondo de la carta apostólica está la pandemia de la Covid-19, que nos ha hecho comprender la importancia de la gente común, de aquellos que, lejos del protagonismo, ejercen la paciencia e infunden esperanza cada día, sembrando la corresponsabilidad. Como san José, «el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta». Y a pesar de ello, el suyo es «un protagonismo sin igual en la historia de la salvación».

La carta de Francisco recuerda el «papel central» de José «en la historia de la salvación». Tanto que «después de

María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo». Y enumera: «el beato Pío IX lo declaró "Patrono de la Iglesia Católica", el venerable Pío XII lo presentó como "Patrono de los trabajadores" y san Juan Pablo II como "Custodio del Redentor". El pueblo lo invoca como "Patrono de la buena muerte"».



El documento tiene varios capítulos, dedicados a varios aspectos de la figura del santo: «Padre amado», «Padre de la ternura», «Padre en la obediencia», «Padre en la acogida», «Padre de la valentía creativa», «Padre trabajador», y «Padre en la sombra».

El papa Francisco termina recordando que «el objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución... No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión».

El papa Francisco termina recordando que «el objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución... No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión».

Desde *Misa Dominical* hacemos eco de ello en esta entrega que incluye la solemnidad de san José (19 de marzo).

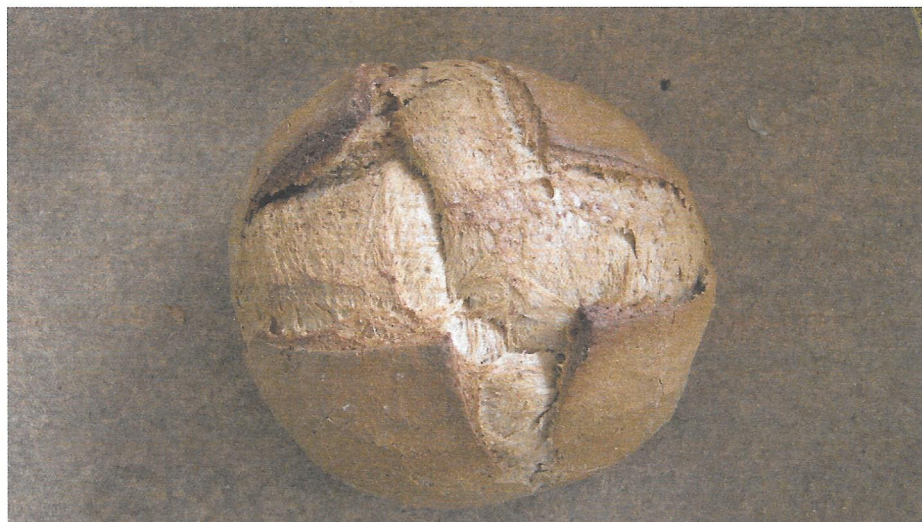
UN SOLO PAN, UN SOLO CUERPO (1COR 10,16-17)

La Eucaristía ocupa un lugar primordial en la existencia cristiana. Es el centro y la raíz de la vida de la Iglesia y cada una de las comunidades que la forman. También lo es, lógicamente, para el presbítero, a quien se le encomienda el precioso servicio de presidirla. La primera carta a los Corintios constituye un testigo elocuente –el más antiguo que tenemos– sobre el significado de la asamblea eucarística y las actitudes que hay asociadas.

La carta del apóstol Pablo se dirige a una comunidad individual, con tensiones internas, divisiones en grupos, y diferencias y discriminaciones entre sus miembros por razones de todo tipo. Las divisiones comunitarias se mantienen y manifiestan incluso en la celebración de la Eucaristía. Pablo

escribe a toda la comunidad con un tono severo para recriminarles sus comportamientos disgregadores. La unidad entre creyentes no es un ideal teórico, sino una condición imprescindible de la vida de la comunidad.

Desde un principio les recuerda que han sido llamados a vivir en comunión (*koinōnia*) con Jesucristo (1Cor 9), y a continuación, decidida y solemnemente, muestra las consecuencias para la relación entre ellos: «Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir» (1,10). Resulta que Pablo entiende que no es posible la comunión con Cristo si al mismo tiempo no hay comunión con los hermanos.



En esta línea, la Eucaristía es expresión y alimento de la comunión fraterna. Por eso más adelante, después de haber tratado otras cuestiones comunitarias que necesitan una revisión seria y un cambio de actitud, el apóstol habla también de la Eucaristía y la forma de celebrarla (cf. especialmente 10,16-17 y 11,17-34).

Cuando se refiere a las palabras y a los gestos sobre el pan y el vino, su preocupación no es el tipo de presencia de Cristo, sino la relación con Cristo de los que participan en la celebración. Por eso afirma enfáticamente (en forma de pregunta): «El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo?» (10,16). Lo que está en juego es sobre todo la comunión. Se refiere a la comunión con Cristo, claro. Ahora bien, al mismo tiempo, inseparablemente, piensa en la relación con los demás creyentes. «El cuerpo de Cristo», es directamente una alusión a Cristo, que en la cruz ha ofrecido su vida, su cuerpo, para salvar a la humanidad. Inmediatamente añade que «el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan (10,17).

En la primera carta a los Corintios, Pablo empieza a hablar del cuerpo de Cristo para referirse a la comunidad, a la *ekklesia*, el conjunto de los que por la fe y el bautismo han entrado en comunión con Cristo. Los creyentes, unidos a Cristo, forman su cuerpo, y cada uno de ellos es un miembro (cf. especialmente 1Cor 12,21-27). Los creyentes

han recibido una vida nueva, una nueva existencia individual separada de Cristo y de los demás creyentes (cf. Gal 2,20), y ahora ninguno de ellos ya no tiene una existencia individual separada de Cristo y de los demás creyentes, igualmente como un miembro del cuerpo no puede tener vida ni sentido separado del cuerpo.

Esta realidad tiene un vínculo profundo con la Eucaristía, y por eso Pablo asocia la participación de todos en un mismo pan con el hecho de ser un solo cuerpo. La Eucaristía manifiesta y realiza la comunión que caracteriza a la Iglesia. Por eso resulta tan inaceptable que una comunidad dividida se reúna para celebrar la Eucaristía, y más aún que en la misma celebración se mantengan las diferencias entre unos y otros, como pasaba en Corinto: eso es lo que lleva a Pablo a escribir uno de los fragmentos más punzantes de la carta, a propósito de las reuniones comunitarias (1Cor 11,17-34). En este texto llega a afirmar que cuando se reúnen esas condiciones «eso no es comer la Cena del Señor» (11,20). Sin comunión con Cristo y con los hermanos, no hay verdadera Eucaristía.

El presbítero, que preside la Eucaristía, está llamado especialmente a ser signo y factor de comunión para la comunidad, debe vivir y actuar de tal manera que favorezca la igualdad, la relación de fraternidad y la comunión.

AGUSTÍ BORRELL
carmelita descalto
Vicario general del Carmelo descalto
Revista El Bon Pastor, número 118
(febrero 2020)



RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS DEL BAUTISMO DE LOS NIÑOS DE LA CATEQUESIS

Antes de celebrar la primera comunión es muy recomendable hacer una primera celebración que ayude a los niños a valorar el sacramento del bautismo que recibieron de pequeños. Además, será una gran ocasión para que ellos puedan expresar su voluntad de seguir a Jesús y fortalecer su fe. Por eso proponemos esta celebración de renovación de las promesas bautismales con los niños de la catequesis de la parroquia o comunidad.

Preparación previa con los niños

Es oportuno preparar esta celebración con los niños en una sesión de catequesis, tomando conciencia de lo que pidieron sus padres y padrinos en su nombre a la Iglesia.

La celebración se puede hacer aprovechando el horario de la catequesis o en otro momento de la semana. Es importante que estén acompañados por sus catequistas y es muy conveniente invitar al núcleo familiar más íntimo de los niños.

Preparativos:

- ◇ Reservar los primeros bancos para los niños
- ◇ Velas o cirios para cada uno de ellos
- ◇ Cirio pascual encendido
- ◇ Biblia de gran tamaño abierta y/o un cáliz y una patena como signo de la Eucaristía
- ◇ Capas blancas (signo opcional, para recordar la imposición del vestido nuevo y signo de su dignidad)
- ◇ Preparar la pila bautismal

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

- ◇ Los niños pueden salir en procesión de dos en dos con un catequista delante y el celebrante detrás.
- ◇ Se puede cantar un canto de entrada o una música que acompañe la procesión.
- ◇ Los niños ocupan los primeros bancos.

Celebrante:

En el nombre del Padre...

Hermanas y hermanos, que la gracia de Dios Padre y de Jesucristo el Señor esté con todos vosotros.

Estamos hoy aquí porque ya se acerca el día de vuestra primera comunión y queremos darle gracias a Dios por todo lo que nos ha dado hasta ahora y como nos ha amado. Ahora queremos recordar especialmente un día muy importante de nuestras vidas: el día que fuimos bautizados.

Oremos:

Oh, Dios, tú que nos has hecho participar del misterio de la muerte y de la resurrección de tu Hijo, concede que estos niños (jóvenes), que pronto participarán de la Eucaristía, sean fortalecidos con tu Espíritu y que recuerden siempre la gracia recibida en el bautismo. Por nuestro Señor Jesucristo.

Lectura del evangelio según san Marcos (1,9-11)

Y sucedió que por aquellos días llegó Jesús de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco».

Palabra del Señor.

Homilía: se puede destacar la importancia del bautismo, los signos del agua, la luz y del vestido nuevo (si se usa).

Una vez terminada la homilía, los niños se sitúan alrededor de la pila bautismal. Se les reparten las velas o cirios. El presbítero enciende una vela del cirio pascual, pasa la luz a los catequistas y estos la reparten a los niños.

Mientras se reparte la luz, se puede cantar una antífona (un canto sobre la luz).



Celebrante:

Queridos amigos y amigas,

Queremos recordar ahora nuestro bautismo. Erais muy pequeños cuando vuestros padres y padrinos os llevaron a la Iglesia para que os bautizaran y, porque os quieren, pidieron al presbítero que os bautizara. Ahora que sois mayores y estáis a punto de hacer la primera comunión, queremos decirle sí a Jesús, que estamos contentos de ser sus amigos y que queremos amarle y seguirle toda la vida.

Por eso, ahora os pido que digamos que no a todo lo que es malo, es decir, renunciar a todo lo que es contrario a Jesús.

Responded ahora a cada pregunta diciendo «Sí, renuncio»:

- ¿Renunciáis al pecado para vivir verdaderamente como hijos de Dios?
- ¿Renunciáis a todas las obras del mal en vuestra vida?
- ¿Renunciáis a vivir pensando solo en vosotros mismos, olvidándoos de los demás y de Dios?

Ahora, le diremos sí a Dios. Responded diciendo «Sí, creo»:

- ¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?
- ¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María, la Virgen, murió y fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?
- ¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos, y en la vida eterna?

Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que estamos contentos de profesar en Cristo Jesús, nuestro Señor. Amén.



Aspersión

(Apagamos las velas)

Hecha la renovación de las promesas del bautismo, proponemos tres signos para los niños.

- ❖ Tocar la pila bautismal y, si es oportuno, tocar el agua y santiguarse.
- ❖ Un catequista puede estar al otro lado aguantando la Biblia o un leccionario abierto. Se propone que los niños toquen con su mano la Palabra de Dios, como signo de reverencia.
- ❖ Finalmente, los niños pueden acercarse al altar a besarlo como el celebrante en cada Eucaristía.

Es conveniente que durante estos tres signos haya momentos de música.

Monición:

Hemos renovado nuestras promesas del bautismo. Tocaremos con la mano la pila bautismal y la besaremos. Después, nos acercaremos a la Palabra de Dios y la tocaremos con un signo de respeto. Finalmente, daremos un beso al altar y regresaremos a nuestros sitios.

Padrenuestro

Oración final:

Oh, Dios, que nos escuchas siempre. Te pedimos por estos niños (jóvenes) que hoy te han dicho que quieren seguirte y amarte. Acompáñalos siempre en su vida y fortalece sus buenos propósitos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Bendición

Se puede dar un pequeño recuerdo de la celebración.

Canto final: por ejemplo un canto pascual.

Salida

PADRE Y HERMANO, COMO SAN JOSÉ

El lavatorio de los pies de los discípulos en esa cena de despedida y la explicación del gesto por el mismo Jesús muestran el compromiso del Señor como servidor: «Vosotros me llamáis "el Maestro"



y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,13-15).

Si el servicio es el compromiso del Señor, también los presbíteros, como sus colaboradores y discípulos, deben ser unos auténticos servidores. Es necesario que el Seminario sea una verdadera escuela de servicio. Los estudios, la oración, la convivencia, la pastoral, todo debe orientarse a forjar personalidades que entiendan y vivan el servicio como único poder. «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar rabbí, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8). Los futuros presbíteros deben prepararse para ser servidores de unas comunidades cristianas que tengan la fraternidad como principal vínculo.

Jesús, conocedor de la tentación de sus discípulos a buscar una autoridad no fundamentada en el servicio, les hace una advertencia clara: «Sabéis

que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea

vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,42-45).

Tal como se indica en el *Plan de Formación sacerdotal. Normas y Orientaciones de la Iglesia en España*: «La vida en el Seminario es una escuela de seguimiento de Cristo, un tiempo privilegiado para dejarse educar por Él con la finalidad de aprender a dar la vida por Dios y por los hermanos» (núm. 22). También nos recuerda este *Plan de formación sacerdotal* que «Jesús ha asumido la condición de esclavo hasta la muerte» (cf. Flp 2,6-8). La figura y la acción del Siervo es una prefiguración de lo que Él realizará en favor de la humanidad a lo largo de toda su existencia y en plenitud sobre el árbol de la cruz. Jesús Siervo comparte compasivamente el dolor y la muerte y carga en su espalda, como el cordero inocente, el pecado del mundo para sanarnos con sus heridas y obtener la justificación de todos, constituido en alianza del pueblo y luz de las naciones (cf. núm. 104).

Como todos sabemos, el papa Francisco ha establecido este año especialmente dedicado a san José, con motivo del 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia Universal. San José, sin embargo, también es el patrono del Seminario, y por eso este año se nos propone especialmente como modelo de Servicio y fidelidad.

En el Día del Seminario, bajo el lema de este año, *Padre y hermano, como san José*, procuremos nuestra colaboración y nuestra oración para que sean muchos los jóvenes que sigan la llamada del Señor a ser unos buenos presbíteros, humildes servidores de los hermanos.

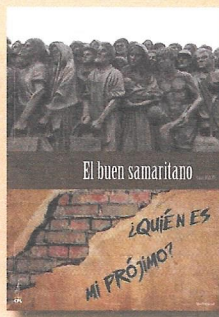
SALVADOR BACARDIT

Rector del Seminario Conciliar de Barcelona

Nuevos carteles y una hojita

Acaban de salir publicados dos nuevos carteles y una hojita. El primero de los carteles, de la serie Vida cristiana (núm. 17), se titula *El buen samaritano*. El interés de esta parábola de Jesús, recogida en el evangelio según san Lucas (Lc 10,25-37), toma un relieve especial por la atención que le da el papa Francisco en su última encíclica *Fratelli tutti*. Concretamente el capítulo II (núms. 56-86) se titula *Un extraño en el camino* y es un profundo comentario de esta parábola, aplicada a la actualidad y conectada con el mensaje central de la fraternidad universal. También hemos hecho una hojita de este cartel, con la misma imagen en el anverso y con el texto de la *Oración al Creador*, también de la misma encíclica, en el reverso.

El otro cartel nuevo, de la serie Tiempos litúrgicos (núm. 11), está dedicado a la fiesta de la Ascensión del Señor, y será útil cuando celebremos esta solemnidad en la próxima Pascua.



¡Grito de la tierra, grito de los pobres!

Por Bernabé Dalmau, a partir de la encíclica «Laudato sí» del papa Francisco

La cuestión del agua

El agua potable y limpia representa una cuestión de primera importancia, porque es indispensable para la vida humana y para sustentar los ecosistemas terrestres y acuáticos. Las fuentes de agua dulce abastecen a sectores sanitarios, agropecuarios e industriales. La provisión de agua permaneció relativamente constante durante mucho tiempo, pero ahora en muchos lugares la demanda supera a la oferta sostenible, con graves consecuencias a corto y largo término. Grandes ciudades que dependen de un importante nivel de almacenamiento de agua, sufren períodos de disminución del recurso, que en los momentos críticos no se administra siempre con una adecuada gobernanza y con imparcialidad. La pobreza del agua social se da especialmente en África, donde grandes sectores de la población no acceden al agua potable segura, o padecen sequías que dificultan la producción de alimentos. En algunos países hay regiones con abundante agua y al mismo tiempo otras que padecen grave escasez.

Un problema particularmente serio es el de la calidad del agua disponible para los pobres, que provoca muchas muertes todos los días. Entre los pobres son frecuentes enfermedades relacionadas con el agua, incluidas las causadas por microor-

ganismos y por sustancias químicas. La diarrea y el cólera, que se relacionan con servicios higiénicos y provisión de agua inadecuados, son un factor significativo de sufrimiento y de mortalidad infantil. Las aguas subterráneas en muchos lugares están amenazadas por la contaminación que producen algunas actividades extractivas, agrícolas e industriales, sobre todo en países donde no hay una reglamentación y controles suficientes. No pensemos solamente en los vertidos de las fábricas. Los detergentes y productos químicos que utiliza la población en muchos lugares del mundo siguen derramándose en ríos, lagos y mares (*Laudato sí*, 28-29).



En el primer y el segundo mundo no se le da importancia: el agua forma parte imperceptiblemente de nuestro beber y de nuestra higiene. Y, en cambio, es uno de los grandes problemas en grandes áreas del mundo. Es una cuestión educativa y cultural que hay que cuidar. Negar el agua a una parte de la humanidad es negarle el derecho a una vida digna.

«ÉL HABLABA DEL TEMPLO DE SU CUERPO»

El hombre contemporáneo y la sociedad actual tienen una relación paradójica con el cuerpo. Por un lado, parece que este está en el centro de todo, exaltado de tal manera que casi lo hemos idolatrado. Lo cuidamos y embellecemos con mimo con productos cosméticos; lo entrenamos y ejercitamos con todo tipo de actividad física; lo protegemos y lo curamos con una gran variedad de tratamientos terapéuticos. Nunca habíamos dedicado tanto esfuerzo, tiempo y dinero al cuidado de nuestra realidad corporal. Sin embargo, por otro lado, anhelamos y deseamos superar lo que este cuerpo expresa y significa como límite de la vida, como fragilidad de la existencia, como vulnerabilidad de la condición humana. La realidad virtual y el mundo online con todas las facilidades que nos ofrecen nos conducen a pensar que las relaciones humanas pueden realizarse sin la mediación corporal, sacramento único y singular de la presencia personal. Pero sin cuerpo, no hay realidad humana. Él es la expresión de la totalidad del ser humano en su condición finita, relacional, expresiva y amorosa.

«Él hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2,21), nos recuerda el evangelista Juan el tercer domingo de Cuaresma. Jesús hace de su propio cuerpo el templo de Dios, es decir, el lugar de la presencia divina como expresión de la alianza de Dios con la humanidad y el espacio privilegiado para el culto en espíritu y en verdad.

Gracias a este cuerpo plenamente humano, como expresión de la totalidad de su persona en obediencia a Dios (Heb 5,8), puede ser enviado por el Padre para que se entregue por nosotros, sin otra razón ni motivo que el amor, la gracia y la misericordia de este Dios por el mundo al que es enviado (Jn 3,16). Es este cuerpo el que finalmente tiene la capacidad de caer en la tierra de los hombres, tierra de injusticia y de pecado, como grano de trigo, que precisamente al morir y así unirse con la tierra, se convierte en semilla nueva que dará mucho fruto de justicia y gracia. Solo así, realmente, Dios será glorificado (Jn 12,24.28).

Somos cuerpo y con él y desde él asumiendo toda su belleza y su fragilidad, unido al cuerpo de Cristo, estamos llamados a adorar a Dios en espíritu y verdad. Somos cuerpo y gracias a él estamos llamados a ser enviados al mundo para entregar nuestra vida sin otro motivo que el amor. Somos cuerpo y precisamente por esto estamos llamados a sembrarnos en el surco que Dios ha destinado para cada uno de nosotros para que así, al morir, demos fruto abundante. Al final, no tenemos más que nuestro cuerpo, en el que somos; desde el que oramos y con el que adoramos a Dios y nos vamos entregando en las acciones de cada día, sembrándonos en el curso de la historia. Con este cuerpo, unido al cuerpo de Cristo, glorificamos a Dios y damos vida al mundo.

ÁNGEL CORDOVILLA

Centre de Pastoral Litúrgica

☐ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LIII

Suscripción anual: 85,50 €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975



El buen samaritano (Lucas 10,25-37)



Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos
con la misma dignidad,
infunde en nuestros corazones
un espíritu fraternal.
Inspíranos un sueño de reencuentro,
de diálogo, de justicia y de paz.
Impúlsanos a crear sociedades más sanas
y un mundo más digno,
sin hambre, sin pobreza,
sin violencia, sin guerras.

Que nuestro corazón se abra
a todos los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza
que sembraste en cada uno,
para estrechar lazos de unidad,
de proyectos comunes,
de esperanzas compartidas. Amén.

Oración al Creador, de la encíclica del papa Francisco
Fratelli tutti, de 4 de octubre de 2020.

Fotografía superior del anverso: fragmento de «Angels unaware»
de Timothy Schmalz, en la plaza de San Pedro del Vaticano